

## EL SERVIDOR DEL HERMANO QUE NADA PIDE A CAMBIO ARMANDO NIETO VÉLEZ, S.J.

*Carlos Gatti Murriel*<sup>1</sup>

Conocí al R. P. Armando Nieto Vélez en 1966, a su vuelta de Alemania, adonde había ido a completar su formación como jesuita. Antes, yo había oído hablar mucho de él a personas que destacaban su gran calidad humana y sus méritos académicos. Desde la primera vez que lo vi en la Sala España del Instituto Riva Agüero, donde fue presentado a los miembros de ese centro de investigación que no habíamos tenido aún la oportunidad de tratar personalmente con él, me percaté de que el padre Nieto era una persona muy especial por las virtudes que reunía.

A partir de entonces, fui descubriendo que se trataba de una persona acogedora, dispuesta a atender y oír a los que recurrían a él. Nunca excesivo ni estridente, siempre con espíritu conciliador, hacía sentirse bien a quien se le acercara fuera en busca de algún consejo sobre temas académicos o sobre asuntos espirituales, fuera para obtener algún favor o para tratar de la situación política nacional o internacional. Jamás salían de él juicios apresurados o expresiones condenatorias u ofensivas.

A lo largo de los años fui trabando una relación más próxima con el padre Armando gracias al hecho de que trabajábamos en el Instituto Riva Agüero, donde desempeñé por dos décadas el cargo de secretario. Además de miembro del Seminario de Historia, él llegó a desempeñar sucesivamente durante tal lapso los cargos de subdirector (1975-1980) y de director (1981-1990) de ese centro de investigación de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Ello me permitió conocerlo más y ser testigo de su sapiente prudencia, de su marcado espíritu de justicia y de la fortaleza con la que asumía los retos de la vida, siempre apoyado en la fe, la esperanza y la caridad. Todo ello estaba acompañado por un carácter vivaz atento al suceder cotidiano, siempre dispuesto a captar lo gracioso y disfrutar de lo anecdótico. Sabía sonreír y sabía reír. Colec-

---

<sup>1</sup> Profesor emérito del Departamento Académico de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú, de la Universidad del Pacífico y de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya.

cionaba recortes de periódicos en los que aparecían dislates, erratas curiosas o expresiones que lindaban en lo cómico.

Durante algunos años coincidimos en la Comisión Académica de la Pontificia Universidad Católica del Perú, órgano consultivo que estaba conformado por cerca de media docena de profesores de diversos departamentos académicos de esa casa de estudios. Allí pude apreciar la claridad de pensamiento, el orden mental y la enorme capacidad de redactor del padre Nieto. Con rapidez comprendía los asuntos, a veces complejos, que llegaban en consulta a dicha comisión y con envidiable habilidad redactaba los informes que se elevarían a los órganos de gobierno de la mencionada casa de estudios. Esa habilidad también se hacía evidente en las homilías de las misas que oficiaba: claras, muy bien construidas, profundas y breves. Además de lo oportuno de lo que decía, en ellas se podían apreciar las características de una buena elocución: corrección gramatical, propiedad léxica y desenvoltura del discurso, las mismas que estaban en sus escritos.

La amistad que nos unió se extendió a mis familiares, quienes apreciaban al padre Armando de modo especial. Ello se reflejó en los muchos pedidos que recibió de mis parientes para que administrara los sacramentos del matrimonio y del bautismo a varios de ellos. Él, amable como siempre, se mostró una y otra vez dispuesto a satisfacerlos.

Armando Nieto fue un hombre que estuvo siempre atento a los acontecimientos diarios del país y los comentaba con diversas personas de diferentes tendencias ideológicas y diversas profesiones. Recuerdo que, a raíz de la huelga policial y de los desmanes populares producidos el 5 de febrero de 1975, él hizo una consulta a varios profesores universitarios respecto al tiempo de vida que daban al régimen de quien gobernaba entonces al país, y registró en una libreta las opiniones. A fines de agosto del referido año me buscó para decirme que yo había acertado con exactitud.

El padre Nieto también vivió muy atento a su comunidad jesuita, en especial a la de Miraflores, la de la Parroquia de Fátima. Colaboraba con sus hermanos que vivían en la misma casa que él; pero también con los proyectos de la Compañía de Jesús. Recuerdo que, en 1979, a propó-

---

sito de un pedido que le formuló el R.P. Manuel Díaz Mateos, dio mi nombre para que dictara un curso de literatura para los juniors jesuitas. Desde entonces apoyo a la Compañía de Jesús en esa tarea.

Para concluir, deseo referirme a algo que me confirmó la permanente disposición para cumplir labores de servicio a los demás del padre Armando Nieto Vélez. En sus últimos años de vida, lo veía con cierta frecuencia acudiendo a los velatorios de la Parroquia de Fátima, donde rezaba responsos ante los cadáveres de muchas personas, conocidas o no por él. Esa es la última imagen que guardo de él, la del servidor del hermano que nada pide a cambio.